

Historias moravianas

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Estas historias me las contó mi madre a quien a su vez se las contó mi abuelo sobre sucesos que ocurrieron en su Moravia natal, cuando aún el abuelo estaba en sus mocedades. Mi madre va por las ochenta y cinco vueltas y mi abuelo se las contaba cuando aún ella era una niña, entonces estas historias son de la época de Maricastaña, historias añejas, pero que no por viejas no sean dignas de ser contadas y ¿por qué no?, sacar alguna moraleja de ellas. En fin, iniciamos con una historia que nos enseña a no darle mucha cuerda a la alegría desenfrenada. Luego, otra historia nos indica que poner atención es un arte y una obligación, pues un descuido puede afectar a alguien para toda la vida. El último relato cuenta sobre unas picadas presidenciales que ayudaron a Moravia a mejorar la escuela que me parece no está en el anecdotario nacional, quizá porque los protagonistas de la historia no eran grandes señorones y, por tanto, no interesaron a nadie.

Era la Moravia de principios del siglo XX. Bucólica, campesina, dicharachera y cafetalera. Todos se conocían. Tierra de terratenientes y de campesinos que apenas llevaban el sustento a su familia, aun cuando se doblaran

como arcos para sacar la producción de la tierra, tal como Ñeco, quien era todo un personaje en Moravia. Agricultor para la riqueza de otros. Casado con María, la parejilla vivía en un ranchillo de hojas de caña, allá por el lado del antiguo rastro de Moravia. Tenían cuatro carajillos que parecían una lombriz por lo alfeñiques que eran gracias a las necesidades que pasaban, porque eran pobres de solemnidad. Las pobrezas que pasaban Ñeco, María y los carajillos eran de verdad dramáticas.

En la madrugada va Ñeco al cafetal de los Chale a ganar la platilla para darle comida a su prole. María, a lavar y planchar ajeno para arrimar más cinquillos a la manutención del hogar. Los güilas, a la escuela y en la tarde al cafetal para juntar más cincos para la comida de todos los días.

Un día Ñeco compró unos pedacitos de lotería. Tenía la esperanza dormida desde hacía mucho tiempo, pero por si acaso, quien quita un quite y saliera de pobre. Dice el dicho que hay que tener más fe que San Roque. Los metió en la bolsa interna del viejo chaquetón que había heredado de su abuelo. En la tarde llegó al rancho, se quitó el chaquetón y lo colgó detrás de la puerta de entrada al rancho. Siguió su vida normal, o mejor dicho su rutina de sobrevivencia.

En las mañanas, Ñeco va al cafetal de siempre; María a lavar y planchar ajeno; y los carajillos a la escuela y a trabajar en las tardes.

Faltaba poco para el domingo y Ñeco con la ilusión auestas que le fue creciendo conforme se acercaba el día del sorteo. Solo tenía en su mente el número y deseaba que el lunes su amigo Otoniel le informara sobre los guarismos ganadores. Su ilusión crecía y crecía al punto de sentirse inquieto y como un chiquillo al que se le promete el deseado juguete; así estaba el ánimo de Ñeco.

El lunes se fue Ñeco como de costumbre al cafetal; María, como de costumbre, a lavar y planchar ajeno. Eran las doce del día cuando María oyó a la distancia que alguien gritaba. El grito se acercaba. Sale a la puerta del rancho y ve acercarse a Ñeco que, como alma que se lleva el diablo, le gritaba que eran ricos, que salieron de la pobreza, que ahora son pudientes. Veía a un hombre que corría y que sus pies difícilmente tocaban el suelo, con los brazos levantados, como deteniendo el viento, gritaba y gritaba que los pocos vecinos lo tenían ya por loco de atar. Llegó a la puerta del rancho y tuvo que sostenerse pues la emoción no lo dejaba hablar y la agitación producto del solemne carrerón no lo dejaba respirar. Que sí, vieja, nos pegamos la lotería, le decía a una incrédula mujer que solo atinaba verlo, como tratando de tragar el turugón de la noticia. ¡Y no un cochino premio de consolación, sino el mayor, mujer! le decía emocionado, casi llorando de la alegría.

María seguía mirando a Ñeco con ojos escrutadores, luego tiró chuicas, jabón y palangana en que estaba lavando y brincando en una pata de la contentera, se puso a seguirle la paya-

sa a su marido. Y son varios pedacitos, creo que son como diez mil pesos. ¡Diez mil pesos, María!, le repetía constantemente. Al momento los chacalincillos también bailaban de la alegría. Aquello era una pura parranda.

Llegaba el crepúsculo y con él las primeras estrellas a asomarse para ver que era el bullón que tenían por allá abajo. Una pericada pasó volando y haciendo un ruido de los mil diablos, pero no logró acallar las voces que hacían Ñeco y compañía.

De repente, se le ocurrió a Ñeco prenderle fuego al rancho. Buscó unos fósforos, le embarró cera de candela a las paredes del rancho, por aquello de que con la cera prende más rápido, y le voló fuego. Como era época seca, el ranchillo prendió rapidísimo y todos bailaron alrededor. Parecían apaches con cólico del puro fiestón que se manejan. Parecía el volcán Irazú, desprendiendo un humo negro como la conciencia de un prestamista.

De un momento a otro, Ñeco se paró en seco. ¿María? Preguntó. ¿Los pedacitos de lotería? ¿Los tiene usted, ¿verdad? le preguntaba. La inocente de María lo miraba asustada ¡No, viejo!, los tiene usted. ¡Nombre, María, no los tengo!, le repetía Ñeco. Los carajillos parados, blancos del susto no dejaban de ver a sus padres que se interrogaban mutuamente. De pronto, María lo vio con unos ojos redondos como de lechuga encandilada y le dijo: ¡Ñeco! ¡Por amor de Dios! Los pedacitos están donde los dejaste, detrás de la puerta, dentro del chaquetón de su abuelo. María y ustedes, jelados, corran por agua, vamos por agua, se me quema la fortuna, pero corran, no sean jelados. Y todos con cacharros, trastos y la palangana a traer agua de la quebrada cercana.

Apenas le echaron el agua a la puerta, cayó para adentro sobre el fogón en que se convirtió el rancho y se terminó de quemar y con ella el chaquetón del abuelo. Bueno, y también la fortuna, que se hizo humo, un millonario humo negro que se fugó en la atmósfera.

Al día siguiente, bien de mañana, un cura sentado en su caballo se dirigía a una diligencia a San Luis de Santo Domingo, cuando se topó a un hombre todo tiznado, con cara de pocos amigos que llevaba unos pellejos de madera. Unos carajillos detrás del hombre cargaban más pellejos de madera de los que botan en el aserradero. Será para leña, pensó el cura, lo saludó y siguió su camino a San Luis. Iba de prisa, pues debía celebrar un matrimonio y luego ver a aquel carajillo que bautizó hace poquito más de un lustro. ¿Cómo estará el güililla? Así iba pensando el señor cura, que debía hacer unos oficios en San Luis y, de paso, visitaría al chacalín que bautizó.

Todavía se acuerda de cuando llegaron unos prójimos a la parroquia de Moravia para que les bautizara a un lloroncillo. ¿Y qué nombre quieren para el chacalín? Se nos olvidó el nombre que nos recomendaron, padre, dijeron a coro los zampaguabas de los padrinos, pues los tatas no pudieron llegar a bautizarlo porque la mamá estaba enferma; además todavía no se reponía del parto y el tata prefirió quedarse a la par de su esposa.

¡Ay, hijos míos! Dios se lució cuando los hizo a ustedes, les dijo el padre haciendo gestos con la cabeza y con las manos. Bueno, bueno. Veamos cuál santo se celebra hoy y será el nombre que lleve el chiquito. Se fijó en el almanaque de don Pedro Nolasco y el de Bristol e hizo un gesto de aprobación,

pues el santo del día era un santo muy santo. El chiquillo tendría un verdadero padrino en el cielo. Después de varios latinajos y agua va y agua viene, el querubín quedó bien bautizado.

De eso va más de un lustro. ¿Cómo estará el carajillo? Seguro que ya corre por todos los potreros de San Luis. Qué dicha, veo las primeras casas. Me gustaría ver al abuelo del carajillo, porque luego supe que era quien hizo, hace un montón de años, una importante donación a la iglesia, pero ahora ya va para cuatro años que pasó a mejor vida. ¡Pobrecillo! ¡Tan bueno que era! Y yo no pude estar en el entierro, porque me mandaron una semana a Puriscal a ayudarle al cura del lugar. En fin, que Dios misericordioso lo tenga en su santa gloria. Volvió de sus recuerdos. ¡Qué dicha! Ya veo la casa donde me dijeron vive mi ahijado. Tengo unas ganas de verlo.

-¡Upe! ¡Upe! Ya, perro, que le voy a dar una santa patada en su santo trase...

¡Hola! ¿cómo les va?

¡Hola, padrecito, dichosos los ojos!- Salían todos en fila a saludar al cansado sacerdote.

-¿Qué lo traé por estos rumbiales?- le preguntaba ña Sinforosa mientras se secaba las manos en el delantal.

-Nada, que tengo que celebrar una santa misa, pues el cura de Santo Domingo no pudo venir, porque está baldado con erisipela- respondía el cura mientras se limpiaba el sudor de la frente.

-Aproveché para ver al querubincito que bauticé hace como cinco años. ¡Llámelo, por favor para verlo!

-¡Ay, padre! ¡Qué detalle! Pero ¡me da pena! ... Es que vea, padrecito. Le voy a decir la verdad. Con el dichoso nombre que los padrinos nos dijeron que usted le encaramó a mi hijo, pues hasta vergüenza me da llamarlo.- contestaba Ña

Sinforosa, siempre restregándose las manos y de vez en cuando pasándose las por el encharcado delantal.

-¿Pero por qué, hija mía, te va a dar vergüenza?- en ese momento, el padre se quitó de un solo manotazo al insurrecto perro que hacía el amor a su cansada pantorrilla.

-¡El nombre que le puse es un nombre de todo un santo!

-Pues no lo dudo, padrecito. Será de todo un santo ... ¡pero de un santo muy gediondo!

-¡Qué falta de respeto, hija mía! Terminá de llamar a la criatura para verlo, pues tengo que estar casi que ya en la iglesia y no puedo perder más tiempo.

-¡Güeno, padre! Si usted me lo pide así tan vehementemente.- Se volvió la buena señora, se puso las manos como bocina alrededor de la boca y gritó a todo galillo: ¡Cerote' gallo! ¡Cerote' gallo! Venga Cerotico que lo quiere ispiar el señor cura.- Del cafetal salía el carajillo como alma que llevaba el diablo, pues cuando la mamá llamaba había que obedecer, si no quería tener las nalgas bien calientes a punta de manazos.

-Pero ¿cómo le llamaste?- Preguntó el cura todo alarmado.

-Diay, padre ¿Pa' que se extraña? Así me dijeron los padrinos que usted le puso a mi chacalincito. ¿no cree que fue una injusticia?- y lo miró con cierto rencor que se dibujaba en los ojos.

-Pero serán brutos esos padrinos. Primero, se les olvida el nombre encargado. Y luego, no entendieron el nombre del santo.- Se calló mientras recuperaba aire y continuó con más gritos que palabras.

-Hija mía, no es cerote de gallo. ¡Es Sotero Cayo! ¡¡¡Soteeero Cayooo!!! Demonios. So-te-ro Ca-yo. No cerote de gallo. ¿Y así lo han llamado desde ese

día? ¡Serán brutos!- Sale el curita hacia el templo a celebrar la misa que se lo levantaban todos los diablos, con un colerón de muy padre y señor mío.

A la vuelta a San Vicente, y aún con el colerón anudado entre pecho y espalda, ya cerca del templo, el señor cura ve a un jovencillo que llevaba una bolsa misteriosa y se dirigía casi corriendo por la calle real hacia Guadalupe. ¿Qué le habrá picado a Aníbal, que va espantado? Bueno, cosa de él.

Aníbal llegó con la bolsa a toparse con mi abuelo que lo esperaba bajo un arco de flores y de hojas de palmera que los vecinos habían confeccionado para recibir al candidato don Ricardo Jiménez, quien al día siguiente visitaría Moravia en viaje de proselitismo. Mi abuelo y Aníbal Umaña eran antirricardistas. Mi abuelo que era muy ágil, colgó el contenido de la bolsa en medio del arco y con un hilo casi invisible, ató el mandado y amarró la otra punta junto a un madero negro que servía de cerca al cafetal donde hoy está la urbanización La Guaria.

Llegó el gran día en que los vecinos de Moravia esperaban la visita de don Ricardo y mi abuelo y Aníbal desde buena mañana escondidos en el cafetal esperando que la comitiva del flamante candidato pasara por debajo del arco. Se empezaba a congregarse el pueblo y entre las personas veían a puros familiares: los Murillo, Rojas, Huertas, Castro, Umaña y entre todos ellos, la gallarda figura de ñor Rafael Huertas, el tata de mi abuelo. También veía a algunos vecinos del barrio de San Isidro de la Arenilla que llegaron a conocer al candidato. En eso, al otro lado de la quebrada que sirve de límite entre Moravia y Guadalupe, a través del polvazal del camino, se veían las siluetas

de los caballistas, entre quienes venía don Ricardo quien se había bajado del tranvía que llegaba hasta el cruce entre Moravia y el Alto de Guadalupe.

-Ya vienen, Talisillo- le decía entre susurros Aníbal a mi abuelo. Los caballos ya pasaban por debajo del arco y Aníbal le decía a mi abuelo: ¡Atilíntele, atilíntele la cuerda y muévelo con fuerza pa' que caiga!- Mi abuelo movía y movía el arco hasta que cayó aquello que estaba entre la bolsa sobre la comitiva y sobre los mirones. La gente corría y gritaba, la comitiva salía en estampida hacia el centro de Moravia, no se sabe si picados también por las chías que guindaron Aníbal y mi abuelo en la cumbre del arco conmemorativo.

Pasó el tiempo y mi abuelo, que luego perteneció a la junta de educación de Moravia, visitó junto a otros miembros de la junta la casa presidencial para solicitar a don Ricardo fondos para mejorar la escuela moraviana. Don Ricardo, ocurrente como siempre, les dijo que no tenían que molestarse en pedir algo así, pues ya él había dispuesto asignar buena plata para mejorar la escuela porque en Moravia necesitaban de mucha educación y esto decía mientras ofrecía una suculenta sonrisa a mi abuelo, quien se ponía de colores pensando en la barbaridad que hicieron aquella vez cuando don Ricardo muy ufano entraba en la cafetalera Moravia.

La laguna verde

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

La sombra del volcán se proyectaba sobre el pueblo al salir el sol al filo de una mañana veraniega. Las planicies se llenaban paulatinamente de luz y de actividad humana y a lo lejos, la superficie del gran lago era diáfana, unos remedos de olas apenas arañaban la tierra volcánica. Más lejos, la raya blanca donde se adivina el puerto desde donde debe partir hacia la isla el ferry que lo traerá de vuelta a casa. Así acallará los murmullos a media

voz que decían que se había ido para no enfrentar el resultado del idilio de una noche de luna, allá en la angostura donde se juntan los dos volcanes.

Mariquilla se despertó ese día antes de la salida del sol. Preparó las tortillas con quesillo para el desayuno de los tatas y del hermanillo, que al alba se iba a trabajar en la corta de las racimas de plátano que debían embarcar en el ferry de vuelta a San Jorge.

Ya los tatas no le decían nada. Medio se acostumbraban a verla diferente.

Ya se le notaba. De todos modos como es tonta de nacimiento nadie se fijaría en ella. Los médicos allá en el hospital militar les dijeron, cuando María nació, que venía con un pequeño retraso, que iba a ser más lerda de entenderas que los demás hermanos. En fin, con las pobrezas viene aparejada la despreocupación disfrazada de resignación que muestran todas las gentes sencillas y los tatas de Mariquilla pues eran gentes sencillas.

Mariquilla era una chiquilla fea, chorreando mocos desde una nariz aguileña, unos ojos asustadizos, delgadilla y con una gran panza-nido de quién sabe cuántas lombrices y otros parásitos. Juan se crió junto a ella, era un mozalbete desenfadado, un año mayor, su sudada piel color caramelo brillaba al sol del mediodía. Vivían en casas colindantes, en unas colinas cercanas al poblado de La Flor. Les gustaba ir a la montaña a cazar iguanas, bañarse como Dios los trajo al mundo en una quebradilla cercana. Sin embargo, a ese paraje, el favorito, no volvieron pues un día el volcán retumbó muy feo y lo oyeron tan fuerte que juraron no volver más por esos rumbos.

Pasó el tiempo y Mariquilla, quieran o no, comenzó a echar carnes y se transformó en una jovencita si bien no hermosa tampoco fea. Juan, que un día vio a uno de sus hermanillos desnudo con la vecinilla, igualmente desnuda allá en un recodo de la playa, hacer cosas que no se imaginaba que se podían hacer, empezó a sentir el llamado de la especie que le fue transformando la manera de ver y entender la presencia de Mariquilla. La empezó a ver diferente, con un desatino que no sabía de dónde venía, pero que le taladraba las

entrañas y sentía necesidades que antes no tenía.

Desayunó casi atragantándose, se medio peinó y haciendo oídos sordos a los comentarios de su madre, quien le decía que estaba engañadita, pues el pendejo del Juan se quedó en Costa Rica y que posiblemente ya tiene otro juguete con el que entretenerse en las noches frías de las alturas de San José, se largó hacia el puerto porque llegaba el ferry cargado de gente y de Juan, quien le prometió que vendría.

-¡Mariquilla! Encaramate para llevarte al muelle a ver si mirás al chele del Juan. ¡Venite, Mariquilla!

Se dio la vuelta y vio que alguien le gritaba y la llamaba desde el camión cargado con plátanos. Era su hermano que la invitaba a ir a Moyogalpa a ver el arribo del ferry. Se montó en el camión y salieron para el muelle. Solo pensaba en él. Se lo decía el corazón. ¡Vendría! Se lo había prometido. Mientras el hermano compraba el ticket para montar el camión en el ferry, Mariquilla bajó en una sola carrera la pendiente que terminaba en la rada del puerto y se quedó ahí, viendo el punto blanco que cada vez se hacía más grande conforme se acercaba a la isla. El corazón le latía recio, presentía que se le saldría del pecho.

Los turistas saludaban a la gente del puerto. Las cámaras de los gringos que venían en el barco no dejaban de sacar fotos hasta de las cosas y objetos nimios, desde un perro chupándole la pata a un borrachín que dormía la mona en la cercanía del desembarcadero, hasta el oscuro penacho que se alzaba de la cima del volcán. Mientras tanto, el capitán hacía las necesarias maniobras con el fin de atracar lo mejor

posible para que pasajeros y tripulación pudieran bajar seguros y confiados.

-Mariquilla, nos echamos al agua pero chingos, como antes.

-No, Juan, dice el padre que es pecao. Andar chingos es pecao y de los grandes. ¡Se va uno al purgatorio hasta que haya pagado el pecao!

-¿No oíste la noticia? Que el Papa dijo que el purgatorio no existe.

-Bueno, entonces al infierno. ¿O me vas decir que también dijo que el infierno no existe?

Juan insistía hasta que llegó un día en que estaban jugando de luchas en un potrero como cuando eran unos chigüines sin preocupaciones de la vida, cuando Mariquilla lo sintió. Nunca antes había visto así a su primo Juan. Este se le puso encima, le sostuvo las muñecas, se quedó observándola.

-Es por usted, Mariquilla. ¡Me gustás!

-¿Y porque le gusto se pone así? Pa' mí que se golpió ahí abajo y por eso está tan hinchao.

-Bueno, revisá a ver si está golpeado y me lo curás.

-¿Y le duele?

-No, pero me hacés cosquillas.- Mariquilla lo vio a los ojos y una risilla, entre asustadiza y cómplice, emergió de pronto de lo más profundo de su ser.

Mariquilla parecía una loca observando a todas las personas que se bajaban del ferry. Debe estar en un carro, pensaba. Cada vehículo que salía de la panza del ferry era revisado por la desesperada mirada de Mariquilla.

Dos horas después, de cuclillas en el borde de la rada, contemplaba el barco que se alejaba del muelle llevando gente y vehículos, entre ellos a su hermano y el camión cargado hasta el chonete de

plátanos que debían ser transportados hasta el Mayoreo y el Oriental en la lejana Managua. Su rostro no reflejaba sentimientos. Sus ojos se perdían en la inmensidad del lago.

Fue esa noche de luna que se lo permitió. Fue en la angostura entre los volcanes un día que hicieron un paseo a unos familiares que vivían en Altigracia. La atrajo hacia sí, la acarició, la besó y Mariquilla sintió que algo cambiaba en lo interno de su ser, algo se empezaba a transformar al ritmo de las caricias de las manazas de Juan, al ritmo del calor de su cuerpo. Lo vio entonces, con otros ojos. Ya no era el chigüín que jugaba con ella, lo miraba como el hombre que reclamaba su esencia de mujer. Ambos se transformaron al calor de gemidos y zarandeos, de besos y candentes caricias. Sus pechos turgentes eran la isla en miniatura, dos volcanes en plena erupción. Eran el Concepción y el Maderas que recibían la fertilidad de Coapol, el espíritu del lago infinito.

-Cada semana viene, mira a las personas que se bajan y luego se queda sentada ahí. Pasa horas de horas. Pobre loquita.

- A mí me contaron que el Juan está en Costa Rica, donde unos amigos, pasándola rico. Parece que está sacando residencia allá.

-Todos los hombres son iguales, panzonean a una mujer y luego abandonan la guerra- decía mana Engracia, a quien le pasó lo mismo en sus días de juventud con un cholo que se fue luego corriendito a las Honduras y nunca más lo volvió a ver. Cuando lo cuenta, aún se le percibe el rencor en la mirada a mana Engracia.

Mana Engracia era ya vieja. Ser nacida en Diriomo no le sirvió de gran cosa, pues ni aun la fama de brujas y de pueblo bueno para los embrujos, sahumerios, hechizos y pócimas, nada de lo que hizo o mandó a hacer pudo con la decisión de su querido cholo de olvidar al olvido mismo y largarse a Honduras huyendo de su creación. Pero en fin, volviendo a la realidad del momento, se volvió donde su compañera de trabajo en la cantina cercana a la rada:

-En fin, es una vida dura, pero hay que recoger agua porque está chirrisquiando. ¿Quién quiere oír las bravuconadas del viejo Bayardo si no ve los platos limpios pa' la tarde?

-Hay que ir hasta Altagracia y de ahí caminandito, hasta el volcán. Hay un sendero que llega hasta la laguna. ¿Por qué me lo preguntas, niña?

-Es que siempre he querido conocer la laguna del volcán, dicen que's linda. Toda verde, como el color de los ojos del gringo que se quedó en la posada de usted.

-¡Ah, cabrona! Te gustó el tal gringillo. Pos ya se fue. Ayer embarcó y en estos momentos debe estar ya en León, camino a Poneloya. ¿Y el Juan? Viste que te lo dije. Él nunca volverá.

-No mienta, mana Engracia. Volverá. Él me lo aseguró. Volverá.

-¡Si vos lo creyés!

Muy en el fondo, Mariquilla sabía que Juan no volvería nunca más. Solo que llevaba la contraria porque sentía muy feo el que la haya engañado.

-Él vendrá porque me lo dijo.

Mana Engracia la miró alejarse. En el fondo sabía las intenciones de Mariquilla, pero quién era ella para interponerse al destino. De todos modos, lo pensó una vez hace ya mucho tiempo,

pero le faltó el valor. La observó hasta que torció la calle y mana Engracia secándose las manos en el delantal, se metió a la cocina a seguir la faena de rutina, mientras reflexionaba que debe ser por castigo como dice tata cura por haber sido la mujer la que fue tentá por la diabla de la culebra allá en el paraíso. ¡Por eso sufrimos tanto!

Salió muy de mañana.

Montó en el bus que iba a Altagracia.

Eran las nueve de la mañana. Una mañana tibia, diáfana. El sendero hacia el volcán era lindo. Árboles centenarios. De sus troncos se mecían las orquídeas, algunas floreadas. A esa altura, se miraba la costa de Rivas y la línea del mar peleando con la tierra. Ni loca viviría en la playa, desde el tsunami que mató a una primilla que vivía por el Tránsito.

La laguna era bella. Verde. Grande. Por fortuna no había turistas. Acordándose de cuando se bañaba con su primo, se quitó el vestido, lo dejó colgado de una rama de un joven ojoche, miró a lontananza el mar terso, se acarició su vientre y después se fue metiendo poco a poquito en las verdes aguas de la laguna volcánica. A los meses, unos turistas gringos que llegaron a la plácida laguna vieron los restos de un vestido revolotear con el viento.

Un cuento tonto

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Era una noche lluviosa. El viento hacía estragos en techos, en bosques, en el peinado de las trasnochadas damiselas nocturnas de la gran ciudad, en fin, hacía estragos en el frívolo amor de arrabal que no calentaba en esa noche de lluvias horizontales.

Amaneció entre vientos que azotaban los techos de las casas. El frío y la humedad eran intensos en aquella mañana del 23 de diciembre del año ... bueno, el año no interesa en esta historia. Lo verdaderamente importante es la tamaleada por empezar. Chicos y grandes esperaban ansiosos la Nochebuena, donde los bacanales matizaban la paz y la armonía que flotaban desde hacía días en los atiborrados comercios de la ciudad. Por supuesto que los tamales eran la mezcla, algo así como el cemento, que uniría a todos en las francachelas de fin de año.

El país donde se consumen varios millones de tamales no podía, no debía, pasar la Navidad sin ese riquísimo platillo típico. En todas las casas se preparaba el maíz —en las que no, por lo menos tenían listos los paquetes de la masa ya preparada que generaba tamales horripilantes pero aceptables simplemente por ser tamales—, además de los aderezos que religiosamente el tamal debe llevar como es la pelotica

de garbanzo, el arroz guacho, las tiernas verduritas —zanahoria, papa—, la carne que debía ser adobada con tomillo y ajo, dejándola reposar para luego freírla y después entrar oronda dentro del amasijo. Todo estaba bien, pero ... pero, ¿qué falta? ¡Claro, las hojas donde van envueltos los tamales! Hojas enteras de plátano, de banano, o de guineo ... para que ustedes me entiendan, mejor hojas de musa paradisiaca, clasificada así por Linneo en 1753, ¿ya me entendieron? Bueno hecha la aclaración continuamos.

Sale Juanita, hacendosa, hacia el mercado central a comprar las hojas soasadas de musa paradisiaca ... sí, sí, hojas de plátano. Iba rápido porque la tarea de hacer los tamales lleva su tiempo, cuando ve una pelota de gente que se atiborra en el puesto del mercado. Apretujadas las doñitas parecen molestas. Al llegar descubre caras largas, que miraban con iracundia mal disimulada, todas cacareando al mismo tiempo, cual evocación de un gran y surtido gallinero, peleando al unísono con el dependiente. Este, en una actitud defensiva, les dice que diay, qué puede hacer, el viento y la lluvia se llevaron al cuerno las dichas hojas, todas están como si las atacaron legiones de diablos abortados de lo profundo. ¡No servían! La dichosa tormenta de

días atrás y especialmente de la noche anterior, destruyó las frágiles hojas de musa paradisiaca y las hizo jirones.

Juanita se entera de la terrible noticia. Queda por unos segundos digeriendo la noticia, luego reacciona y se lleva el dorso de la mano a la boca como para ahogar un grito, un profundo y sentido grito desde sus preocupadas entrañas. ¿Ahora, cómo haría los dichosos tamales? Si todos en su familia esperaban, hambrientos, para engullirlos por piñas durante la cena de Navidad.

¡Oh, por Dios! ¿Qué haría ahora? Y los millones de tamales, la tamaleada de este año no podría hacerse. Más conmovida que si le hubieran dicho que el planeta explotaría dentro de dos minutos, descaminó sus pasos hacia su hogar, que este día estaría vacío, triste. La luz de la Navidad se apagaría irremisiblemente.

Pero cuando llegó a su hogar, ya la noticia se sabía por medio de la televisión. Se anunciaba algo que no había podido intuir Juanita, y es que sin los millones de tamales para alegrar los hogares, la Navidad estaría irremediablemente destruida! Un, de nuevo, ¡oh por Dios!, pero con más fuerza, con más pasión se dejó oír no solamente en el atribulado hogar de Juanita, también en todo el país. Un grito que fue registrado en el mundo entero.

Se podría decir que los hogares habían quedado desnavidadizados. A un lado, olvidadas, habían quedado las pastillas para adelgazar que las jovencitas habían comprado para tomarlas entre comidas de tamales, también quedaron en un rincón los rollos de ... ese que tiene pintado un perrito peludo todo tierno quedaban embodegados a la espera de tiempos mejores.

Desde la TV se lanzaba la pregunta de ¿quién podrá salvar la Navidad?

A 48 horas de celebrarse las cenas, ¿quién podría salvarla en términos de esas pocas horas y que diera tiempo a las hacendosas doñitas para preparar la tamaleada para el salvaje banquete?

Se pensó en Oscar, en Otto, en los futbolistas más brillantes, pero no se llegaba a ningún acuerdo tácito sobre quién sería el héroe que salvara la Navidad de ese año. ¿Y cómo la podrían salvar?

Alguien pensó en una hojatón, pero era poco tiempo para organizarla. Se llamó al Vaticano para solicitar que se atrasara la fecha de la Navidad, pero pese a la preocupación del bueno del Papa, esa fecha no era posible trasladarla. —Oye che macanudo, como carajos se te ocurre, che boludo! Fue esa la eclesiástica respuesta ante la atenta solicitud del embajador ante el Vaticano. Los noticiarios mundiales daban la noticia que en el país de los millones de tamales, la Navidad estaba en peligro.

-Si envolvieran el tamal como nosotros, güey, con la tusa del maíz, entonces pos no tendrían esos problemas, pinches tiquillos, guatos canijos- así se refería un mejicano que sí tendría Navidad por el simple hecho de que ellos eran prácticos para envolver sus tamales. Es una experiencia que debe ser analizada a profundidad ¿envolver los tamales con las hojas de la musa paradisiaca o en las tusas del maíz? Es un verdadero debate nacional, pero que al menos actualmente no tendría ya sentido, según comentaba el conductor del noticiario.

Entonces en los barrios del sur apareció un chico humilde que fue señalado por el agonizante espíritu de la Navidad como el encargado de salvarlo. ¿Cómo fue escogido ese chico para tal tarea? Pues simple, en el país de las grandes tamaleadas de fin de año no hay complicaciones. Un enano con cara de ma-

fufu tocó a la puerta donde el chico vive y le dijo a boca e'jarro: -Mae, fue el escogido por el espíritu de la Navidá, que está furrís allá por Alajuelita, para que salve esta vara, ¿me entiende, mae? La Navidá este año está güeisa, me entiende, por eso de que el viento despichó las hojas, las dejó como dejaron a la FIFA, ¿me entiende, o se la dibujo, pito?

Tragando saliva, el chico finalmente reaccionó y le pregunta al enano mafufo:

-¿Yo cómo puedo salvar la Navidad, mae?

-A mí no me pregunte, pito, yo solo transmito el mensaje —se fijó en mi léxico, alias parla, qué finura, pito, ji ji ji ji ji-. Vaya pregúntele al mozote del Walter Mercado, más ahora que puede aprovechar que por la tele por una llamada le dan hasta la capa del jetas ese. Yo no tengo que ver en este negocio, yo estaba japi, japi, allá por las gradas y luego me vi como trasportao donde está ese mae, el espíritu de la Navidá, y me mandó a buscarlo, nada más, pito.

-Pero ¿qué hago? No sé cómo empezar.

-Mae, ya le dije, yo soy mantequilla, a mí me escogieron para dar la info, no para hacer el brete, me entiende. Ya me abro, papi, nada más vuele guacho porque está furrís la vara.- Bajando un poco la voz, el enano mafufo le pregunta al chico escogido: -Mae, ¿no tiene un poco de línea blanca, mae? Estoy feo.

El chico escogido quedó con tal tensión que no sabía si creer al enano o qué pensar de todo este negocio. No se dio cuenta de que en la mano tenía un papel donde en letra horrible, como de beodo, se le indicaba:

-Una hechicera encontrarás en este número de celular y te dará informes muy interesantes- No rima como en las películas de Disney, pero ni lardo ni perezoso concertó una cita con la

hechicera por el número de celular y visitó su guarida.

Una vieja de lo más fea, con una gran nariz y con un lunar lleno de pelos en la puntiaguda y huesuda barbilla lo recibió allá en Escazú. Le dijo que era la bruja Zárate y que quería ayudar en estos menesteres. Comenzó a concentrarse haciendo feo, bizco, meneando las manos y sobando unas cartas.

-En el norte, los vientos no han soplado con fuerza, por lo que encontrarás una gran plantación de plátano que tie...

-¿Plantación de qué?

-¡¡De musa paradisiaca, niño!!

-¡¡Ah bueno!!

-Cortarás las hojas con el cuchillo mágico que te daré y traerás una hoja antes de que termine el día. ¿Me entendés?

El chico tenía una cara de incredulidad porque no podía creer lo que estaba oyendo, ni viendo. La bruja Zárate siempre le pareció un cuento de marihuanos. Pero ahí estaba la tal bruja.

-¿Cómo sabes que en el norte los vientos no han soplado con fuerza? ¿Todo eso lo viste en las cartas?

La bruja lo volvió a ver con impaciencia, se sobó el flaco mentón y casi gritando le espetó:

-¡No'mbre, pues por medio del meteorológico! ¿Acaso no ves los noticiarios? ¡Muchacho de todos los diablos! Además, no me tutee, que no somos iguales.

-Ah.

-Ah. Ah, ¿solo eso sabe decir? No sé por qué el espíritu de la Navidad lo escogió. Debe de estar desesperado. Pero en fin, allá él.- Zárate lo observó con resignación, luego se levantó cansinamente, se dirigió al fondo del apartamento y al rato volvió con algo en la huesuda mano y en la otra un cuchillo todo oxidado.

-Use estos polvos, son mágicos. Son de nido de cuyeo, revuelto con restos de la compuerta de la carreta sin bueyes y con restos del contrato de la construcción de la veintisiete. Le ayudarán en caso de emergencia.

-¿De la 27? ¿Y el cuchillo es mágico?

-Sí, sí, ya se lo doy. Este cuchillo lo usó mi abuelo en una lucha contra el cadejos. Es mágico porque tiene la sangre del bicho ese.

-¿Por qué se pelearon su abuelo y el cadejos?

-¡No le importa! Chiquillo preguntón. Decía que tiene sangre del cadejos y con este cuchillo se puede derribar cualquier cosa. Además, le doy este frasquito, tiene cien lágrimas de la llorona. ¡Lo debe usar con precaución!

-Una pregunta, tía Zárata. Cuando ... La bruja prácticamente lo fulminó con la mirada y le gritó eufórica: -No me llame tía. Brincos diera si fuera tu tía, prefiero seguir bruja. ¿Me oyó?

-Está bien, está bien. ¡Qué carácter! Cuando tenga las hojas, ¿cómo me las traigo?

-Se me olvidaba decirle que debe buscar la planta mágica y cortar una hoja. Esa hoja será suficiente para abastecer todo el mercado nacional.

El chico volvió a ver a la bruja Zárata como burlándose, se echó una risilla maliciosa. Pensó que era una broma, que la pobre ya estaba chochando. La bruja le leyó el pensamiento y lo recriminó por ser tan incrédulo.

-Sí, con una hoja es suficiente. ¿O no me cree? Chiquillo maleducado, sé lo que está pensando. No estoy chochando, primero chochea la roca de su abuela. Además, estamos en un cuento, y en un cuento todo es posible. ¡Reclámeme al baboso del escritor! Mierdoso, maleducado.

-Sí, ya, no se enoje, solo que tiene que reconocer que es poco creíble, pero ya, párela, qué carácter. Pero aún no me dice ¿cómo reconozco la mata esa, si todas son iguales?

-Debe probar los bananos, el que sepa normal es el mágico, de esa planta tiene que cortar la hoja. Los otros bananos sabrán a ensalada de frutas. ¡No ve que los demás son transgénicos!

La bruja se calmó un poco y le espetó:

-Ahora a ponerse en marcha, porque el viaje es muy largo.

-Ahora entiendo por qué me dijo la bruja Zárata que iba a ser un viaje muy largo. No hemos salido de Chepe y ya llevamos casi una hora por las presas. ¡Qué bostezo!

Despertó en Ciudad Quesada a las cinco horas de salir, debido a las presas, a las eternas reparaciones de la platina, a los constantes derrumbes de los paredones, en fin, fue un martirio, pero al fin llegó. ¿Ahora, cuál es el siguiente paso? Pues continuar hacia el norte. Después de otro largo viaje en un bus local, llegó a un gran río que era imposible cruzar. Encontró un bote oculto en una orilla y lo tomó prestado para poder pasar al otro lado.

Nadie en la otra orilla lo requisó porque la guardia estaba muy ocupada persiguiendo a unos narcos que habían visto por el lado del Caribe y en ese momento eran la plaga de la zona. Siguió rumbo al norte y después de caminar varias horas llegó donde estaban removiéndose grandes cantidades de tierra y, a lo lejos, una muchedumbre con carteles y gritos oponiéndose a la construcción de un canal.

¡Sitio peligroso!

Debería ser cauteloso, porque lo podrían capturar. El griterío era

descomunal, era el rumor que hace varias horas venía escuchando. Era un rumor como de cien jets despegando mezclado con el sonido de un río en creciente y con el ruido de las barras de la Ultra y de la Doce mandándose madrazos a diestra y siniestra. Decidió caminar de puntillas para que no lo notaran, pero desgraciadamente pisó una ramita seca que se quebró y, como por ensalmo, manifestantes y guardias nacionales se callaron y volvieron a ver al chico, que se quedó, como dicen, con el credo en la boca. Fue apresado en el instante.

-Este chigüín estaba por ahí, husmeando, mi coronel. Se ve sospechoso, pué.

El coronel, acomodándose la cachucha, le preguntó: -¿Qué querés por acá, chocho jodido? ¿se te perdió algo, pué?

-Yo, yo, es que estoy buscando una plantación de plátano por...

-¿De qué cosa?

-¡De platan ... de musa paradisiaca!

-¡Va, pué! ¿y se puede saber qué importancia tiene una plantación de musa paradisiaca para vó?

-Porque en mi país unos ventoleros se apiaron varios vástagos y las hojas quedaron pa'l gato. Y necesitamos las hojas para la tamaleada.

-Y por qué pensás que acá te vamos a dar las hojas de la musa, esa que decís, solo pa' que ustedes hagan los tamales, pué?

-Bueno, porque las necesitamos, ustedes ya hicieron sus tamales, ¿no?

-¡Acá hacemos nacatamales! Llévense a este cipote pa'l bote. Me lo interrogan al frente del comandante pue!

El chico se puso a temblar de la congoja, pues finalmente no podría salvar la Navidad. Pero se le ocurrió usar las lágrimas de la llorona que le diera la bruja Zárata. Rápidamente vertió

veinte gotas en el suelo y al momento se desgajó una clase de aguacero que al instante todo quedó inundado. Por poco él mismo queda ahogado. Lo salvó un guayacán en el que se encaramó. Todos los árboles del área estaban como arbolitos de Navidad, pues de sus ramas colgaban las personas que se encontraban en el lugar y para no ahogarse, habían seguido los pasos del chico y se colgaron de la primera rama que vieron. Los carteles de la manifestación flotaban todos arrugados y desteñidos en el agua de la inundación.

El chico aprovechó la confusión para salir como alma que lleva el diablo. Caminando, caminando, llegó a distinguir a lo lejos algo así como un inmenso lago, o el mar. Se intrigó y empezó a acercarse hasta que su vista abarcó la plantación más grande de musa paradisiaca que haya visto en su vida.

Buscó la famosa planta mágica de musa paradisiaca. ¿Pero cómo reconocerla?

Probó las frutas, le llevaría bastante. Debía apurarse. Todas le sabían a ensalada de frutas. Sabían a banano mezclado con papaya, piña, guanábana, fresa y otros sabores que no pudo reconocer. ¡Eran los transgénicos! Hasta que una fruta le supo solamente a banano, esa es la planta mágica. La planta que salvaría la tamaleada de su país. Tomó el cuchillo mágico y cortó una hoja. Con ella en la mochila volvió presuroso sobre sus pasos para salvar la tamaleada.

Pero desgraciadamente, debía pasar por el área donde se construía el canal. Otra vez cayó en manos de la guardia.

-Esta vez no te escapás, chigüín jodido. ¡Te vamos a matonear pa' que no seás mentiroso!

Pensó rápidamente y se acordó de los polvos. Sacó el frasco y les dijo:

-Un momento, viejitos. ¿Se acuerdan de la inundación? Pues ahora le voy a echar una maldición a su famoso canal. Abrió el frasco y esparció parte de su contenido en el área. Al instante, todos empezaron a lerdear sus movimientos, pues los polvos de la carreta sin bueyes los volvió lentos. Luego comenzaron a caminar de manera errática, como lo hace el cuyeo en los cafetales debido al polvo del nido de esa ave.

De esta manera, el chico retomó el camino, pasó el gran río sin problemas, pues la guardia seguía persiguiendo a los narcos. Llegó finalmente a la ciudad y lo recibieron con honores de héroe. Así, la hoja de la planta mágica se reprodujo en segundos supliendo de

hojas lisas y tersas a todas las personas que harían los tamales para la tamaleda de la noche de Navidad.

Al tiempo se supo que la construcción del famoso canal empezó a tener problemas administrativos por lentitud en los trámites, por terribles e inexplicables errores de diseño, caída de taludes, deslizamientos impresionantes, chorizos espantosos, entre otras calamidades, porque los polvos mágicos contenían parte del contrato de la 27. ¡Se le empezó a llamar la maldición de la 27!

Durante todo el año, las campanas de todos los templos fueron tocadas en honor a Prudencio, el chico que salvó la Navidad de ese año y de paso echó por tierra el tan cacareado proyecto del canal.

La cuidadora de pajarillos

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

(Basada en la crónica “El collar de perlas” de Gonzálo Chacón Trejos)

El tin, talán, tolón de las campanas del entonces templo en construcción de San José llamaban a misa a los fieles que, presurosos, apuraban sus pasos para llegar a tiempo atraídos por su monótono llamado, llenando las bancas de cedro del nuevo templo que era toda una maravilla, comparado con el antiguo

de adobes, el cual exhibía una fachada cuadrada y de tan poco arte, que era de las más humildes de todo el territorio nacional; además, casi no tenía bancas y los feligreses debían oír misa hincados o de pie, como mejor se sintieran.

Ya adentro, los feligreses ponían atención a las diatribas del cura que subido en el púlpito no escatimaba comparaciones entre lo terrenal y lo

infernado para asustar a los pecadores asistentes. Entre las damas destacaba una señora de cabello cano, siempre vestida de negro y de elegantes maneras, solitaria, luciendo su perenne collar de perlas con broche de diamantes. Para nadie era un secreto que el tal collar se guardaba bien oculto tras la puerta de hierro del alma de su poseedora. Muchos dirigían la mirada hacia ella, decían algunas cosas a media voz y luego, como recordando el lugar en que se encontraban, volvían la vista hacia el cura que estaba en lo mejor de su sermón, mandando a todos a las llamas del infierno o mínimo al purgatorio infame.

Al terminar la misa, los feligreses abandonaban el templo y se entretenían hablando en el atrio o comprando las ricas viandas que se vendían en la plaza real, circundada de añosos higueros que daban una agradable sombra al entorno. Doña Clotilde Loiza, que así se llamaba la tal señora, se entretenía en comprar las golosinas que tanto gustaban a los paladares de esos tiempos idos.

-¡Hola, mis amores! Les traigo succulento alpiste para que coman y se conserven bien de ánimo para que sigan alegrando con sus cantos a esta pobre vieja que tantos sufrimientos ha tenido en esta vida.- Así hablaba doña Clotilde, desde su soledad, a los pajarillos que en su casa del Paso de la Vaca los tenía por montones en espaciosas jaulas de tora, caña y verolís, donde cantaban añorando su libertad, yigüirros, jilgueros, moztillos, agüios, canarios y caciques. Eran sus compañeros y en ellos volcaba todas sus atenciones.

Se sentó en una mecedora y se dedicó a recordar aquellos años en que lo conoció. De manera mecánica, tomó su

collar y lo acarició. Una mirada profunda se perdía en la noche de los tiempos.

Don Juan Loiza, conocido comerciante de San José, tenía su taller de sastrería y casa solariega frente a la plaza real de la incipiente ciudad. Amigo de la tertulia sabrosa, todos los personajes importantes llegaban a sus tertulias regadas con delicioso chocolate.

Vivía con su hija que era todo lo que tenía en su vida. Clotilde era una encantadora muchacha, la más linda que por aquellos años vivía en San José. Blanca, de cabello ondulado y ojos negros como una noche sin luna, su porte era esbelto, resuelto, pues los aires de la juventud la mimaban, su boca era una granada abierta donde todos los mozos de la ciudad deseaban apagar la sed. Cuando no estaba en la misa, se ocupaba en los menesteres del hogar, o en la costura, labores a las que la sociedad condenó a la mujer solo por ser mujer. Cada domingo a las cinco de la mañana estaba puntual, lloviese o no, participando en la misa en el vetusto templo de adobes con la fachada cuadrada que tanto dio de qué hablar por aquellas ingenuas épocas. Seguida de Luisa, su fiel sirvienta chola, se dirigía después de la misa a recorrer los puestos que se ubicaban en la plaza real.

-Mira qué delicia de encanelados, Luisa. Y prestiños con miel de picúsaro, con lo que le gusta a mi padre. Lléveme una docena. ¿Te parece?-

-Claro, mi niña, pero ve qué rosquetes enlustrados que son una ricura, con generoso chocolate con un dedo de espuma, será el deleite de los señores que llegarán hoy a tertuliar con tu padre.

Llegaban a la casa solariega rebotantes de alegría a preparar el almuerzo para don Juan que se afanaba

en la sastrería con un encargo de don Joaquín Bernardo Calvo. Después del almuerzo Clotilde se refugiaba en su habitación, se sentaba en su cómodo sillón a ver a la gente en la plaza real y a observar a lo lejos los cerros donde se encontraba el pueblo de Escazú, del que Luisa le contaba sobre las brujas que adivinaban el futuro y quitaban o ponían maleficios. A pocos metros de la plaza, empezaba el bosque denso, que con sus misterios atrapaba la imaginación de Clotilde.

Una fuerte ráfaga de aire que se coló por la amplia ventana abierta, movió violentamente las jaulas y los pájaros empezaron a cantar y revolotear asustados, lo que sustrajo de sus recuerdos a doña Clotilde.

-Ya, ya, mis lindos, ya les cierro la ventana para que el pérfido viento no me los asuste y me los resfríe.

Se levantó cansinamente a cerrar las pesadas hojas de la ventana y se fue a la cocina por un chocolate espeso para quitarse la amargura del recuerdo. ¡Ah, qué añoranzas! Como me lo preparaba la querida Luisa, pensaba mientras lo batía con el molinillo de mano.

Para ella recordar era martirizarse, pero no podía hacer otra cosa en su soledad. Se sentó pesadamente en la mecedora a sorber el chocolate lentamente y de nuevo las imágenes, cuales fantasmas del ayer, volvieron a su memoria.

Recordaba que fue un día de junio de 1830 cuando don Juan quiso realizar un viaje a Puntarenas, por asuntos de negocios, a comprar géneros y otros productos, pero también para que Clotilde saliera de San José y conociera

otros sitios del país. No era bueno que una moza se quedara encerrada en un pueblo pequeño como San José.

-¡Oh, padre! ¡Qué ilusión! Conocer otros pueblos y ver el mar. ¿Cómo es el mar, papaíto? ¿Es cierto -por lo que he oído- que es azul profundo, con sirenas que cantan a los marinos? Y Puntarenas, ¿es cierto que surgió del mar cuando se hundió un puerto en Perú, gracias a un terrible cataclismo? ¿Es cierto que hay un volcán en las inmediaciones de La Caldera, que constantemente produce relámpagos que deslumbran a los que los miran? ¿Es cierto que...?

-Vamos, vamos, hijita, frena tu imaginación. ¡Estás apabullando con preguntas a tu cansado padre! Ya verás el mar y tendrás una verdadera impresión de su grandeza, lo demás no sé responderte. Eso que lo contesten los académicos de Santo Tomás. Ahora, a dormir. Mañana saldremos muy de mañana y es un viaje muy cansado y largo. Ve con Luisa y que Dios te bendiga, hijita mía.

-¡Oh, Luisa! ¡Qué ilusión! ¡Siento desfallecer de alegría! ¿Te imaginas? Conocer Heredia, Alajuela, Esparza y Puntarenas. ¡El mar! Dicen que es inmenso. ¿Qué llevaremos para comer en el camino? ¡Oíste a mi padre! Es un viaje muy cansado. Hay que...

-¡Ya, mi niña! Mañana estarás tan agotada que te vas a dormir en la carretera y no podrías conocer nada de lo que quieres ver. Es mejor que refrenes tus ímpetus y los guardes para el viaje. ¡Ahora a dormir!

-Pero, Luisa ...

-Nada de peros, a dormir, que mañana debes estar fresca para un viaje tan largo.

Se despertó cuando la cuchara que usó para tomarse el asiento de chocolate se cayó de sus manos haciendo un sonido metálico. ¡Qué barbaridad! Las siete de la noche y ella como si fuera una chiquilla aún levantada.

Caminó lentamente hacia su habitación, rezó lo de costumbre y se acomodó en la amplia cama de cedro. No habían pasado cinco minutos, cuando ya estaba profundamente dormida.

El canto de los gallos despertó a doña Clotilde, quien presta al nuevo día, se levantó, se aseó para la faena del día y llamó a Lesmes, el muchachillo que le manejaba la volante para que la llevara a misa en la nueva catedral. Le habían quitado la fachada cuadrada y le dieron un aire románico, como ha oído a los entendidos en la materia. Dos torres delgadas sostenían las campanas y un frontispicio exhibía el reloj que podía verse a considerable distancia. De todos modos, San José había cambiado mucho. Desde la ocurrencia aquella del “Sapo de loza” de fijar la capital en San José, como le pusieron los cartagos a don Braulio, la ciudad había crecido muchísimo, no era la misma población en donde la montaña empezaba a los doscientos metros de la plaza real.

A Lesmes le encantaba que doña Clotilde le contara sobre sus aventuras cuando viajó a Puntarenas. Hacía que se transportara con la mente a esos lugares que deseaba conocer y disfrutar.

-El sol del nuevo día nos encontró al término de La Uruca, empezando a bajar la enorme cuesta del Virilla. Muchos me habían contado sobre el Virilla, pero no me lo imaginaba. ¡Es un río enorme! Solo conocía el Torres y las quebradas que nacen por el barrio de La Soledad: la quebrada de las Arias y del Chile'perro, pero..

-¿La de las Arias es la que pasa a un costado del San Juan de Dios?- preguntaba Lesmes a doña Clotilde, quien con una sonrisa le respondía a Lesmes que sí, era esa, la que se ve a la orilla del camino de la Mata Redonda. Luego continuó con su relato.

-Pues bien, aquella corriente que pegaba contra las piedras del fondo era espeluznante. Mi padre me contó que el Virilla venía de más allá de San Vicente, de unas montañas que apenas se estaban colonizando y que hoy tienen una población que se llama La Arenilla.

-¿Tan de lejos?

-Sí, Lesmes, de muy lejos. De por allá, por esas montañas que se miran desde acá. ¿Las ves?

En ese momento, una parte muy mala del camino cerca del Hospital San Juan de Dios los hizo callar por un rato.

-¿Usted se acuerda del pleito aquel del Virilla?- preguntaba otra vez Lesmes.

-Claro que sí. Fue después del viaje que hice con mi padre a Puntarenas. Cuando eso la capital radicaba por un tiempo en cada población importante del centro de Costa Rica. Fue ahí donde Carrillo salió vencedor y trasladó la capital de Cartago a San José para que los cartagos no fueran tan berrinchosos.

Otros huecos en la calle hicieron que Lesmes y doña Clotilde se callaran por el songoloteo de la volante.

-Las montañas y predios de cultivo eran una belleza, conocí unos campos sembrados con café que apenas algunos campesinos de Barva y de Heredia estaban experimentando pero que prometía, como lo ha sido, ser un producto agrícola importante, como ya estaba pasando en otros países cercanos por aquella época que te cuento. No sé, pero no me gustó el café, la primera vez que lo probé, preferí y aún prefiero

el sabroso chocolate. ¡Con totoposte o maíz crudo es delicioso!

Una espontánea risa de Lesmes alegró el camino. –En casa todos tomamos café acabadito de chorriar; ¡con una arepa regada con miel es una ricura!

–Claro, su familia es de la nueva generación. En cambio los viejos no nos acostumbramos tan fácil a las modas y nuevas maneras. Me acuerdo de que mi padre me dijo que tampoco él se acostumbraba a tomar café, pero quién sabe, decía, tal vez me he muerto pero es posible que las nuevas generaciones tomen café en vez de chocolate. Y le salió cierto a mi padre. Bueno, pero no me interrumpa más, Lesmes.

A lo lejos se escuchaban las campanas llamando a misa. Al oírlas, doña Clotilde calló mientras hilvanaba sus interrumpidos recuerdos.

–¿Ves a lo lejos? Me dijo mi padre señalando hacia adelante. ¿Ves el cofre y las torres de La Inmaculada de Heredia? Desde La Puebla se ve muy bien toda la población. En la plaza del lugar nos detuvimos para merendar algo, porque teníamos que aguantar hasta llegar al sesteo de Atenas.

–¿Sabes Lesmes? Al llegar al sesteo era ya noche, cálida, agradable. La luna en el cenit me permitía admirar la densa arboleda mecida por una brisa que refrescaba el ambiente. Algunos boyeros que conocían a mi padre se empujaron a tocar la guitarra y cantar viejas canciones ya perdidas en la noche del tiempo. – La mirada de Clotilde se estiraba en el tiempo para llegar a esas bucólicas noches de su dorada juventud.

–Las cinco de la mañana nos encontró en el Desmonte, que por ese tiempo era un centro minero de importancia. Mi padre se encontró con su amigo, el joven Ventura Espinach, quien me

ofreció una hermosa piedra sacada de la mina, tenía unos puntos brillantes como una noche estrellada. A don Ventura le iba bien, porque al tomar en arriendo la mina Oreamuno, se dedicó a explorar los alrededores y descubrió, por causalidad, mientras hacía un recorrido en la montaña, un rico filón al que denominó “Del Fuego”.

–Me alegro de que le vaya tan bien, mi joven amigo, le dijo mi padre, porque para emprendedor no hay quien le iguale en esta tierra.

–No crea usted –le contestó don Ventura– a veces me canso de esta soledad, de este destierro y deseo estar en Cartago. Mi padre conocía esa mirada. Unos ojos tristes, melancólicos, que solo pensaban no en la vieja metrópoli, sino en el tesoro que le esperaba entre las brumas. La niña Merceditas, la hija de Juan José Bonilla. Toda la sociedad cartaginesa y josefina, conocía el enamoramiento de don Ventura hacia la niña Merceditas. En fin, cuestión de juventud. Eso me lo confió mi padre mientras hacíamos el recorrido hasta Esparza. Ventura se casó finalmente en Cartago en 1838, con Merceditas. Fueron muy felices hasta que la muerte los separó, pues él murió en 1866.

Me acuerdo de que mi padre quedó callado, pensativo. Sé que añoraba sus buenos años cuando se enamoró profundamente de mi madre que lo hizo tan feliz, pero que se fue al cielo en edad aún joven. Por eso yo era la luz de sus ojos, pues me parecía tanto a ella, que se la recordaba a cada instante de su existencia.

–Bueno, Lesmes, ya llegamos; aco mode la volanta y cuando esté desocupado, hágame el favor de entrar a misa, que su madre siempre me dice que no lo pierda de vista, que usted es

un gran haragán y remolón para las cosas de la iglesia.

Ese día, en la tarde, terminó de instalar el pasito, que era muy admirado por los vecinos de San José y de otras poblaciones que llegaban a contemplarlo. Se sentó en una poltrona y se quedó observando su obra. Afuera, los vientos nortes corrían impetuosos y fríos, típicos de la época navideña. Los reyes magos en fila camino a Belén, la transportaron a la Puntarenas de sus recuerdos.

Ese viaje a Puntarenas fue un cambio radical en su vida. ¿Cuándo lo conoció? ¿Cuándo navegó en ese azul intenso de esos ojos soñadores? ... Ese viaje le permite acordarse de su padre, que murió de la terrible peste del cólera, allá por 1856. Pero también se acordaba de Luisa, su fiel Luisa, que también hace tiempo es parte de los fantasmas de sus recuerdos.

¡El mar enorme! De repente se incorporó de la sorpresa de verlo. Fue allá por El Jobo, cerca de La Angostura, donde se llenaron sus ojos de mar, de un azul intenso, de olas que luchaban contra la tierra por seguir su periplo, de ese adormecedor ruido al arribo de cada ola. Realmente era una extensión infinita de agua. En ese momento le hubiera gustado ser sirena para remontarse en las corrientes del mar y viajar por todo el mundo y conocer lugares de maravilla. Era un azul contra otro azul. Era como si el universo fuera una extensión azul. Esa noche soñó en azul.

El puerto era caliente. Nunca había sentido tanto calor en su vida. Ni los calores de marzo en San José se igualaban al que sentía en aquel momento. La casona en la que se hospedaron era fresca. Era la casa del comandante de plaza. A su vez, era pulpería, hotel y aduana; todo eso en uno.

Las embarcaciones surtas en el puerto se mecían al ritmo de los vaivenes de las olas. La playa llena de caracoles. Se entretuvo en recogerlos para hacerse un collar, sería un enorme, brillante y colorido collar que engalanaría sus vestidos de dominguear. ¿Pero qué estaba pensando! ¡Era pecado ser tan altiva! Si lo supiera Luisa, le corregiría esa falta de humildad.

Regresó a la casona y encontró a su padre negociando géneros y otras mercaderías con un apuesto oficial. Se lo presentó. Samuel Gibenson, el capitán del bergantín Tiber. Lo vio directamente a los ojos. Eran el azul del mar, el azul infinito del océano y el cielo juntos. Naufragó en aquel azul cálido pero a la vez sosegado. Como un barco que se va a pique, así se hundió en ese azul intenso. ¡Esos ojos! Aún a la distancia del tiempo los recuerda. Sueña con ellos. Los tiene viviendo, en su memoria, en un altar que construyó para ellos. ¡Oh! Por Dios, esos ojos soñadores, cuánto la enloquecen aún. Daban paz a quien los mirase.

Esa niña que llegó a Puntarenas empezó a desdibujarse y a asomar paulatinamente su faz de mujer. ¡Una mujer enamorada del azul intenso de esos ojos de ensueño! Ese viaje a Puntarenas lo recuerda en tonos de azul. Azul, azul, azul, ese enloquecedor azul que aún la persigue. Pero también marca esa metamorfosis de niña a mujer.

El intenso carmesí de sus mejillas la delataba toda vez que pensaba en él. Toda vez que se acercaba a intercambiar opiniones con don Juan. Luisa lo notó. ¡No se engaña el alma de mujer! Sus anécdotas, su experiencia de la vida, su conocimiento del mundo, la tenían fascinada. Cada vez que Samuel describía los puertos, islas, ciudades

de ambos continentes, ella soñaba. Se iba como en una alfombra mágica a visitar esas lejanas maravillas, de la mano de Samuel, a ver lo que esos ojos azules han visto, tanto y de manera tan intensa para una persona tan joven como él.

Las veladas en el corredor de la casona, a la par de su amor, a la par de ese amor en azul, eran deliciosas. Las disfrutaba y deseaba que no concluyeran nunca. Las sentía. Las vivía. Las absorbía. Era el amor que revoloteaba en las cercanías y transformaba las horas en una delicia. ¡Es intenso el amor juvenil!

Samuel estaba clavado al puerto. No quería partir y alejarse de la niña que le robó a pedazos el corazón. Cualquier pretexto era perfecto para atrasar el momento cruel de la partida. Pero su tripulación ya estaba molesta. ¡Eran marinos! No se sienten bien en tierra. Deben estar como el pez: en el agua. No tuvo más remedio que decidir partir con el corazón roto. Pero no podía irse sin reclamar para sí el amor de tan tierna niña.

Convidó a don Juan, a Clotilde y a Luisa a un ágape de despedida. El corredor de la casona fue testigo mudo de la declaración de Samuel. Después de una opípara cena regada con generoso vino, Samuel extrajo un riquísimo collar de perlas con broche de diamantes, e hincándose frente a la niña de sus sueños le declaró su amor y le entregó en calidad de prenda el collar. Don Juan, perplejo pero a la vez fascinado, aceptó el amor que Samuel le prodigaba a su hija amada. Era ya decidido que Samuel surcaría los mares por última vez, pues de regreso en Puntarenas, reorganizaría su vida a la par de la linda Clotilde.

El sonido de un trueno y la caída de un traste en la cocina, volvió a doña Clotilde de su recuerdo. Ya era noche; sin embargo, no sentía sueño. Se percató de que acariciaba el collar de perlas, mientras tanto sus trémulas manos de anciana volvían a Puntarenas. Volvían a vivir aquel romántico momento. Esa noche se quedó en su mecedora con los ojos viendo las sombras de la noche. ¿Llorar? Ya había llorado todas las lágrimas de la vida. Ahora era mejor esperar el momento culminante, cuando ... pero no, ese momento llegará cuando Dios lo quiera. Esos momentos llegan cuando menos se esperan. De repente, recordó ese día: ¡Fue terrible, quería morir del sufrimiento! Ese día le arrancó la ilusión, le secó el corazón. El gato se metió en el pasito y se arrebujó en la tibia lana botando de cabeza a un incauto pastorcillo que vigilaba su rebaño, lo que sacó una amplia sonrisa que arqueó los marchitos labios de Clotilde.

De vuelta en San José, don Juan informó sobre el compromiso de su Clotilde con el apuesto capitán Samuel Gibenson. El exquisito collar era la prueba contundente del compromiso que dio de qué hablar en la aldea que era San José.

Clotilde, feliz con su compromiso. Tenía sentimientos encontrados, experimentaba una gran extrañeza, al verse prontamente señora de Gibenson. Entonces lo tendría para siempre a su lado, naufragando en el azul de sus ojos. Un azul más intenso que el del mar que conoció.

Don Juan, siempre en su sastrería en la confección de los trajes de los que dirigían el destino del país. Ese día ingresó don Joaquín Bernardo Calvo por un traje que le confeccionaba, cuando

entró un chaval con un recado urgente desde Puntarenas. Porque Samuel volvió a ese puerto a sostener la palabra que dio un día. Ya cansado de no anclar en ningún fondeadero, decidió que Costa Rica sería un gran país en donde sentar cabeza, acompañado de su Clotilde del alma. Añoraba verla, sentirla, quererla. No resistía las ganas de partir para San José y casarse con su amada, por quien pensó todo ese tiempo de periplo por el sur del continente. Valparaíso esta vez le quedó pequeño, puesto que no estaba ahí su Clotilde.

La aurora despuntó, aún las tinieblas se resistían a dar paso a la luz. Afuera en el patio se escuchaba el piafar del caballo, un perro ladraba a lo lejos, mientras que del lado de las montañas del norte se desgajaban fuertes relámpagos que presagiaban aguaceros. Doña Clotilde en su mecedora se encontraba inmóvil. Sus manos frías asían el collar que un día le diera su Samuel. Su rostro reflejaba paz, armonía. Una breve sonrisa se congeló en sus labios.

El recado que don Juan Loaiza recibió le informaba que el bergantín Tiber, surto en Puntarenas, inexplicablemente había explotado su santabárbara llevándose por los aires a una gran mayoría de su tripulación, pero además, como una broma del destino, también había perecido el capitán Gibenson. La terrible noticia afectó tanto a Clotilde que decidió nunca más comprometerse y a vivir para el recuerdo de su malogrado prometido. De luto riguroso vistió y se encerró en su casa, frente a la plaza real y fue una de las matronas más respetadas por la población, la cual con el tiempo olvidó el sufrimiento de la jovial Clotilde. El tiempo pasó,

murió su padre, entonces decide vender la casa de su infancia y refugiarse de las miradas escrutadoras, allá en el Paso de la Vaca.

Quedó con el recuerdo grabado de aquellos maravillosos ojos azules. Los pajarillos trinaban, pero ya ella no les daría el alpiste, ya no tendrían a nadie que les hablara con dulzura, porque Clotilde iba pronta a reunirse con los fantasmas de sus recuerdos de juventud.

